

## Niña mágica

Había una vez, una familia compuesta por la madre, el padre y el hijo. Los padres no estaban del todo contentos con tener un solo niño y decidieron tener otro. Pero les salió una niña, a la que le pusieron el nombre de Yobana.

Los padres de Yobana eran esa clase de padres que por nada del mundo se preocupan por sus hijos. El padre vendía coches en mal estado, engañaba a la gente y la madre trabajaba de camarera en un bar de noche. Yobana no se parecía en nada a su familia, ella era muy lista, apenas tenía un año, y ya sabía poner su nombre completo. Su madre no podía creer como aquella niña tan pequeña era capaz de hacer tan grandes cosas: con dos años ya era capaz de hacer ella sola un puzle de cien piezas. Cuando Yobana tenía 6 años, protestaba porque sus padres no le dejaban ir al colegio, así que todas las mañanas se las pasaba en la biblioteca.

Un día, el padre entró en la habitación de Yobana para decirle que por fin se habían decidido a meterla en el colegio. Yobana no se lo podía creer, por fin podría ser una niña como otra cualquiera, podría jugar con los demás niños, podría estudiar, podría hacer un millón de cosas que a ella la ponían muy pero que muy contenta.

A la mañana siguiente, como era lunes, tocaba ir a la escuela, cosa que a Yobana le encantaba. Ella se imaginó su colegio: un edificio grande y blanco, con un jardín muy grande, con árboles y flores y unos columpios donde los niños pudieran jugar. El padre la acercó hasta el portal del colegio en el coche. Cuando bajó se dio cuenta de que el colegio no era como ella pensaba, era un edificio gris y viejo, no había columpios, ni árboles, ni tampoco flores. En lugar de eso se extendía un gran olor a humedad por todo el recinto, pero había niños, entonces se imaginó que no podría estar tan mal.

Al entrar en clase, había muchos niños de su misma edad, y sentada en una mesa más grande que la de los demás, estaba la profesora, Irina. Ella era una profesora muy buena, según los otros niños, y además era muy guapa. Irina le dio un libro a Yobana y le indicó que se sentara al lado de una niña muy morenita de pelo corto, llamada Isabel, que pasó a ser su mejor amiga. Pero toda cosa buena trae algo malo: la directora del colegio era la llamada la señorita Transbul y, cada vez que hablaba, su voz se hacía insoportable, cansina y odiosa. Su cara daba miedo, tenía los dientes salidos, muy salidos para fuera, como si te quisiera comer de un solo bocado, su nariz era puntiaguda y peluda. Era profesional en lanzamiento de jabalina, todos los niños y niñas la odiaban. Se dice que hasta cogía de los pelos a las niñas y las tiraba por la ventana. En su despacho, tenía una habitación muy pequeñita, sin ninguna ventana para ventilar donde hacía mucho calor. Allí

dentro metía a los niños cuando no hacían lo que ella les mandaba. Todo el mundo (hasta ella misma) le llamaban: "EL ASFIXIADERO".

En clase la profesora hizo un par de preguntas, a las que Yobana y el resto de los niños respondieron sin ninguna dificultad. Luego les preguntó algunas cuentas fáciles de multiplicar y todos contestaron perfectamente y por último les preguntó una cuenta muy difícil que solo Yobana supo contestar. La profesora se dio cuenta inmediatamente de que esa niña, de tan solo 6 años, tenía algo especial, algo que ningún otro niño de su edad sería capaz de hacer, era capaz de hacer cuentas muy grandes en su mente.

Las clases terminaron muy pronto para Yobana. Cuando tocó el timbre, la profesora la acompañó a su casa. Por el camino le fue contando lo maravilloso que era tenerla en su clase porque le parecía una niña muy pero que muy lista. Cuando Yobana llegó a su casa, se encontró a su madre con dos policías en el sofá. La madre le dijo:

-Mira, Yobana, estos son Dod y Sam, mis dos nuevos amigos, espero que los sepas tratar bien el tiempo que estén en casa.

Yobana se quedó muy sorprendida al ver esa actitud que mamá tenía hacia los policías. "Normalmente huimos de los policías por la situación en la que se encuentra mi padre: llevan meses buscándolo. Cuando se enteraron de lo que hacía (vender coches en mal estado), lo buscaron por todos los lugares de la ciudad. Pero bueno, ella sabrá lo que hace", dijo Yobana para sí misma.

El padre llegó a casa, y se encontró a la madre con esos dos hombres extraños. Se puso furioso y empezó a chillar. Esperó a que los dos policías se marchasen. Una vez fuera, el padre empezó a chillar:

-¡Pero es que nadie puede estar tranquilo en esta casa, te dejo sola un minuto y ya estás con dos hombres!

- ¿Y qué quieres que haga? -le preguntó la madre-. No me dejas salir de casa, ¡vivo en una jaula!

El padre no respondió, hasta que Yobana, desde su habitación, soltó:

-Papá, chíllame a mí, ¿vale?

-¿Que te chille?-respondió el padre-. Voy a ir ahí y te voy a dar un par de bofetadas.

Cuando el padre llegó justo a la puerta de la habitación de Yobana, ella estaba en la otra pared, pero la puerta se cerró de repente en los morros de su padre. Yobana estaba en lo cierto, ¡tenía poderes!. Ese hecho marcó un antes y un después en la vida de Yobana.

Al día siguiente, por la mañana, se levantó muy temprano para hacerse ella misma el desayuno. Sus padres ya se habían ido y su hermano también, así que estaba ella sola en casa. Empezó con las tortitas, con el zumo y la leche. Lo hizo todo muy rápido. Aunque todavía no controlaba demasiado sus poderes, el desayuno se le daba muy bien. Llegó la hora de ir a la escuela. Cuando entró en clase (un poquito tarde) no estaba la profesora Irina, sino la directora Trasbult. Venía con mala cara, como si estuviera enfadada. Todos pensaban que habían hecho algo malo, pero lo único que vino a decirles fue: "Todos los alumnos al salón de actos, ¡RÁPIDO!".

Todos salieron de clase muy rápido, camino al salón de actos. Allí se encontraba ya la directora Trasbult, sentada en una silla al lado de una mesa, con un pastel en la mano. De repente, empezó a hablar:

-Por favor, ¿puede subir aquí el señorito Bruno?

Bruno se levantó, era gordito y de pelo largo. Se acercó a la directora con cara de miedo. Trasbult le pasó el pastel por la nariz para que lo oliera y después de pasarlo unas cuantas veces lo posó sobre la mesa. Sin ninguna explicación le gritó:

-¡COME!

Bruno empezó a comer, le gustaban mucho los pasteles y sobre todo si eran de chocolate, como aquel. Terminado el trocito, dijo:

-Señorita Trasbult, he terminado.

-¿Te ha gustado, Bruno?- le preguntó Trasbult.

-Mucho señora-le respondió.

-Me alegro de escuchar eso porque... te tengo una pequeña sorpresita, Bruno.

Por la puerta de la cocina, que daba al salón de actos, salió la cocinera con un pastel de chocolate muy grade. La cocinera lo dejó sobre la mesa y se marchó. A Trasbult se le puso una sonrisa malvada en la cara, como la de las brujas. Sin más preámbulos, empezó a decir:

-Hoy me levanté muy temprano, como de costumbre, para venir a este mugroso colegio, para ejercer de directora para todos vosotros, asquerosos niños. Veréis, me vine para la escuela, muy contenta en mi coche nuevo, y le pedí a la cocinera que me hiciera un pedacito de pastel de chocolate y que me lo dejara en mi despacho, pero cuando llegué a mi despacho me encontré a este niño asqueroso comiéndose mi pastel. Entonces, como te gusta tanto comer los pasteles de la cocinera, le pedí que te hiciera este pastel para ti

solito -se acercó más a Bruno y siguió-. No quiero que nadie se mueva de aquí hasta que este señorito se termine todo el pastel.

Todos los niños pensaron lo peor de la directora: mandar comer a un solo niño semejante pastel era un castigo. Bruno empezó a comer, un cachito, otro cachito y otro y otro y otro y otro... hasta que no pudo más. Nadie era capaz de decir nada, hasta que de repente Yobana se levantó y dijo:

-Vamos, Bruno, tú puedes, sigue, puedes hacerlo, Bruno, puedes hacerlo.

Los niños, al ver la reacción de Yobana, empezaron a decir lo mismo que ella. Bruno se sintió con ánimos, y se comió todo el pastel. La directora, al ver tal hecho, cogió a Bruno por el cuello de la camisa y lo levantó en el aire. Todos los niños sabían qué iba a hacer: iba a tirarlo por la ventana. Yobana, al ver lo que iba a ocurrir al chocar contra la ventana, hizo con sus poderes que la ventana se abriese. Bruno terminó sobre la tierra, sentado, como si nada hubiera pasado.

Transbult pensó que el colegio estaba embrujado, que estaba contra ella, y dimitió. Abandonó su puesto de directora para irse a las olimpiadas. Todos los niños se pusieron muy contentos e hicieron una fiesta. Yobana pasó la tarde en casa de la profesora Irina. Cuando Irina iba a llevar a Yobana a su casa, aparecieron los padres de Yobana en el coche, con muchas maletas sobre la baca. La madre bajó del coche diciendo:

-Vámonos, Yobana, tenemos que irnos.

-¿Irnos? ¿A dónde?- preguntó Yobana.

-A tu padre le han ascendido y nos vamos a Colombia, irán unas vacaciones permanentes!- dijo la madre de Yobana muy contenta.

-Yo no me quiero ir, quiero quedarme con la señorita Irina. Soy muy feliz con ella, por favor, adópteme, señorita.

-No tenemos tiempo para tanto papeleo-dijo el padre desde el coche.

-Tengo los papeles en la mochila, los tengo desde que tengo edad para hacer fotocopias en la biblioteca.

Los padres de Yobana firmaron sin ningún problema. Al fin y al cabo nunca quisieron a la niña. De ahí en adelante las cosas fueron mucho mejor. Irina pasó a ser la nueva directora del centro y tuvo que poner cursos superiores porque los niños no querían marcharse. Y así Yobana nunca más tuvo que usar sus poderes, bueno..., casi nunca.

Por: Antía Viñas -1º ESO B-